

La Comédiathèque

Bar Manolo

Jean-Pierre Martinez



comediatheque.net

Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita,
requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de
autor. Solicitar autorización:
<https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/>

BAR MANOLO

Jean-Pierre Martinez

*Tras un accidente de coche fúnebre, un ataúd llega a un bar...
Y, al parecer, contiene un boleto premiado de la Primitiva.
Así arranca una comedia disparatada.*

Reparto

Manolo: el dueño del bar, aficionado a los crucigramas

Conchi: la cocinera soltera

Paco: el empleado de funeraria filósofo

Luis: el empleado de funeraria pragmático

Silvia: la heredera hiperactiva

Leticia: la estudiante de bachillerato desencantada

Carlos: el profesor desbordado

Jesús: el fontanero con suerte

Blanca: la anciana menos despistada de lo que parece

El cartero puede ser interpretado por el mismo actor que encarna a Jesús,
y la vendedora sordomuda por la misma actriz que interpreta a Blanca.
Estos dos personajes secundarios también pueden confiarse a intérpretes adicionales.

*Existen numerosas adaptaciones para repartos de 7 a 16 personajes,
con distintas combinaciones de hombres y mujeres:*

*1H/6M, 1H/7M, 1H/8M, 1H/9M, 2H/5M, 2H/6M, 2H/7M, 2H/8M, 3H/4M,
3H/5M, 3H/6M, 3H/7M, 4H/3M, 4H/4M, 4H/5M, 4H/6M, 5H/2M, 5H/3M,
5H/4M, 5H/5M, 6H/2M, 6H/3M, 6H/4M, 7H/2M, 7H/3M...*

Pueden descargarse en la web del autor: comediatheque.net

© La Comédiathèque

En el centro, la barra. Encima, un cartel que dice «Bar Manolo». A un lado, una máquina de pinball y varios carteles de fútbol; al otro, dos mesas. Detrás de la barra, Manolo, el dueño, hace el crucigrama del ABC. En la sala, Conchi, que hace de todo, friega el suelo.

Manolo – Se necesitan obras para que funcione... Seis letras...

Conchi se interrumpe para pensarlo.

Conchi – ¿Puente...?

Manolo la mira, impresionado por aquel destello de ingenio. Cuenta las letras con los dedos y se le ilumina la cara. Pero, al volver al crucigrama, se lleva una decepción.

Manolo – ¡Mierda! Empieza por te...

Entra un cartero a la antigua usanza (uniforme, gorra, bandolera y pinzas para sujetarse los pantalones a los tobillos). Lo interpretará el mismo actor que encarna más tarde al fontanero, que aparecerá con mono de trabajo. Como llevarán indumentarias muy distintas, no será necesario caracterizarlos de otra manera, aunque se puede añadir un bigote postizo al cartero, que tiene además todo el aspecto del tonto del pueblo. Manolo levanta la vista del crucigrama.

Manolo – Hombre, el cartero...

Cartero – Hola, Manolo. Hoy también te traigo correspondencia de ministro...

Deja un montón de cartas en la barra.

Manolo – De ministro, dice... *(Examina los sobres.)* Factura, Hacienda, recibo de la comunidad, factura... *(Aparta las cartas.)* ¿Un blanquito seco, como siempre?

Cartero – No, últimamente el blanco me sienta fatal... Ponme mejor una copita de Ribera.

Manolo le sirve.

Manolo – Ahí tienes la Ribera. El río lo pones tú.

El cartero se bebe la copa de un trago.

Manolo – ¡Que nos quiten lo bailao!

Cartero – Por cierto... ¿Te suena Viñas?

Manolo – ¿Viñas?

El cartero saca una carta certificada.

Cartero – La señora Viñas. Vive en el número trece, en el edificio de al lado.

Manolo – Ah, sí...

Cartero – Pero su nombre no aparece en los buzones.

Manolo – No me extraña...

Cartero – ¿En qué piso vive?

Manolo – En el séptimo. Pero murió hace un par de semanas.

Cartero – ¡Joder! O sea que... se ha mudado, por así decirlo...

Manolo – Puede decirse que sí... Al barrio de los quietos.

Cartero – Es que tengo una carta certificada para ella.

Manolo – Vaya faena...

Cartero – ¿Y ahora qué hago?

Manolo – Yo qué sé...

Cartero – ¿No te dejó otra dirección por casualidad?

Manolo – Que está muerta, hombre.

Cartero – Ya... Menudo problema... ¿Y quién me firma el acuse de recibo?

Manolo – Pues...

Cartero – Entonces no va a volver...

Manolo – Lo veo poco probable.

Cartero – Pues me viene fatal.

Manolo – En todos los oficios pasa lo mismo... Siempre hay alguien dispuesto a complicarte la vida.

Cartero – No sé... ¿Y si firmaras tú por ella?

Manolo – ¿Y por qué iba a hacerlo?

Cartero – Entre vecinos hay que echarse una mano. Así me ahorraría volver.

Manolo – ¿Volver? ¿Para qué?

Cartero – ¡Para entregarle la carta!

Manolo – ¡Pero si te estoy diciendo que ha muerto! ¡Fallecido, entiendes! Si algo bueno tiene la muerte es que ya nadie puede entregarte cartas certificadas.

Cartero – Entiendo.

Manolo – Déjale un aviso de llegada.

Cartero – ¿Tú crees?

Manolo – ¿De qué va el certificado? ¿Una liquidación de Hacienda? ¿Un desahucio? ¿Una baja de oficio?

Cartero – Viene de Loterías y Apuestas del Estado.

Manolo – ¿De Loterías y Apuestas del Estado?

Cartero – Pues no puede ser una mala noticia.

Manolo – ¿De verdad crees que, cuando uno está muerto, aún distingue entre las buenas noticias y las malas?

Cartero – Ya, pero... ¡Loterías y Apuestas del Estado!

Manolo – A ver... *(Le quita la carta.)* Pues sí, viene de Loterías y Apuestas del Estado...

Cartero – ¿Jugaba a la Primitiva?

Manolo – No lo sé... Coincidíamos de vez en cuando. Tenía una perrita...

Cartero – ¿Y qué fue de ella?

Manolo – ¡Que murió, te digo!

Cartero – ¿La perrita también?

Manolo – ¡La mujer, no el perro!

Cartero – ¿Y qué fue del perro?

Manolo – No lo sé...

Cartero – Qué pena, un perro abandonado a su suerte... Nunca he entendido a la gente que adopta animales y luego los deja tirados. Tener un animal es una responsabilidad. La gente no se da cuenta...

Manolo – ¿Crees que podría haberle tocado el gordo?

Cartero – Si le ha tocado, que no tarde en presentarse. Hay un plazo para cobrar los premios. Si no lo reclamas a tiempo, lo pierdes y el dinero vuelve al fondo de premios...

Manolo – Sería una lástima...

Cartero – Entonces, ¿qué hacemos?

Manolo – ¿Hacemos?

Cartero – Como tú dices, sería una lástima...

Manolo – Está bien. Firmaré yo.

Cartero – Así no tendré que volver.

Manolo firma el acuse de recibo que le ofrece el cartero, abre el sobre con impaciencia y lee.

Cartero – ¿Y bien?

Manolo – Es una carta de despido...

Cartero – ¿No es un cheque?

Manolo *(leyendo)* – Trabajaba para Loterías y Apuestas del Estado. Tenía un contrato temporal. Simplemente le comunican que no se lo renuevan.

Cartero – ¡Joder! No solo no le ha tocado la Primitiva, sino que encima se ha quedado sin trabajo.

Manolo – Eso parece...

Cartero – Qué mala suerte... Con lo difícil que está encontrar trabajo...

Manolo – Sobre todo cuando estás muerto.

Cartero – Y nunca nos toca a los que de verdad lo necesitamos, ¿eh? Siempre les toca a otros.

Manolo – Ya...

Cartero – Ayer leí en el periódico que a uno le tocaron sesenta millones de euros y sigue viviendo exactamente igual. Hay gente que no merece que le toque, te lo digo yo.

Manolo – Desde luego...

Cartero – Bueno, tengo que seguir repartiendo cartas.

Se dispone a irse. Manolo levanta el sobre.

Manolo – ¿Y qué hago yo con esto?

Cartero – Eso tú verás... Yo, mientras tenga tu firma...

El cartero se va. Manolo vuelve a mirar la carta, desconcertado, y la deja a un lado. Entra Carlos, con una cartera bajo el brazo, absorto en sus pensamientos.

Carlos – Buenos días a todos. Un café, por favor...

Manolo le sirve su café, y toma una botella de la estantería.

Manolo – ¿Un chorrito de licor de manzana para celebrarlo?

Carlos (sorprendido) – ¿Celebrar qué?

Manolo – Pues... el café.

Carlos – Gracias, no... Doy una clase dentro de un cuarto de hora...

Manolo, tentador, con la botella en la mano.

Manolo – Vamos... ¡No te van a hacer soplar!

Carlos – Bueno, pensándolo bien, ¿por qué no?

Mientras Manolo le sirve una copita de licor de manzana y se pone otra para él, Carlos echa un vistazo a El País, que acaba de sacar de su cartera.

Carlos (leyendo) – Un joven inmigrante sin papeles arriesga la vida para salvar a un senador de morir ahogado en una playa de Cádiz...

Manolo – Y encima seguro que le dan una condecoración por eso...

Manolo deja la copa ante Carlos y se dispone a beberse la suya.

Carlos – ¿No le parece que se la merece?

Manolo – Si hubiera salvado a un niño, todavía... ¡Pero a un senador! ¿Para qué sirve un senador, vamos a ver?

Carlos – Reconozco que no tengo ni idea.

Manolo – Yo soy partidario de suprimir el Senado.

Carlos – Quizá tenga razón. Pero tampoco podemos ahogarlos a todos...

Manolo – Pues de ahí a sacarlos del agua cuando se caen por accidente... En fin, yo no digo nada. El agua solo la uso para rebajar el anís.

Manolo se bebe el licor de un trago.

Manolo (*apreciativo*) – Ah...

Su sonrisa de satisfacción desaparece en seguida.

Manolo – Este licor de manzana tiene un sabor raro... ¿No le parece?

Carlos prueba su copa y pone mala cara de lo fuerte que es.

Carlos – A manzana sí que sabe...

Mientras Manolo devuelve la botella al estante, la sopesa y comprueba cuánto queda.

Manolo – ¡No puede ser! Ayer todavía estaba casi llena. ¡Y no he sido yo quien se ha bebido todo eso!

Manolo coge un lápiz y marca el nivel en la etiqueta. Conchi, que ha terminado de fregar, se dirige a la cocina. Carlos va a terminarse la copa, pero se atraganta al ver entrar a Silvia, vestida de negro, y a su hija Leticia. Carlos y Leticia intercambian una mirada incómoda. Carlos se esconde tras El País mientras madre e hija se sientan.

Silvia (*examinando la sala*) – Qué sitio más sucio, ¿no?

Leticia – Es popular...

Silvia – Sí... Está mugriento...

Leticia – Es el único bar que hay frente al cementerio. Está claro que un cementerio atrae menos gente que un instituto...

Silvia mira al dueño, que se acerca a tomar nota.

Silvia (*de manera que Manolo no entienda*) – ¿Has visto lo borracho que está tan temprano?

Manolo – Buenos días... ¿Qué desean?

Silvia – Un té con... (*Con asco*) Un té... Sin nada.

Leticia – Un granizado de limón.

El dueño se aleja. Silvia lee el cartel que hay encima de la barra.

Silvia – «Bar Manolo»... Qué nombre más original. Con todos esos carteles de fútbol, uno diría que hacen deporte aquí dentro. ¡Y ni siquiera tienen fútbolín!

Leticia saca un cigarrillo y se dispone a encenderlo.

Silvia – ¿No irás a fumar aquí?

Leticia – ¿Por qué no? Te recuerdo que, cuando estabas embarazada de mí, te fumabas dos paquetes al día. Dicen que es la mejor manera de tener hijos idiotas...

Silvia – Bueno, en aquella época no se sabía... ¿Por qué has dicho «tú, cuando estabas embarazada»?

Manolo llega con las bebidas e interrumpe la conversación.

Manolo – Si quieres fumar, tienes que salir a la calle.

Leticia guarda el cigarrillo con un suspiro. Manolo se aleja.

Silvia (con un suspiro) – Así que, al final, no era una apendicitis...

Leticia – ¡Una apendicitis! ¡Con más de setenta y cinco años! ¡Confundir una cirrosis con una enfermedad infantil! No era el campeón del diagnóstico el médico ese...

Silvia – ¡Si era un residente! Están tan mal pagados... Bueno, de todas formas, era incurable... (Después de un momento) No me puedo creer que tu abuelo ya no esté.

Leticia – Antes de ser mi abuelo, era tu padre, ¿verdad...?

Silvia – Siempre tuve problemas para entenderme con él...

Leticia – Pues ahora ya no lo vas a arreglar...

Silvia – Una amiga mía hizo psicoanálisis durante quince años para intentar volver a hablar con su padre. ¡Quince años! ¡Fíjate!

Leticia – ¿Y...?

Silvia – Pues... que al cabo de los quince años, su padre estaba muerto, claro...

Sin que su madre lo note, Leticia intercambia con Carlos unas miradas inquietas.

Leticia – ¿Y la abuela?

Silvia – Ni siquiera se acordaba de que estaba casada. ¿Para qué decirle ahora que es viuda? (Suspira.) Qué poco alegre resulta todo esto...

Leticia – Los entierros no suelen ser una fiesta...

Manolo hojea su periódico.

Manolo (leyendo) – El suicidio es la primera causa de muerte entre los adolescentes... Mira, cuando uno tiene diecisiete años, ¿de qué va a morir?, ¿de viejo?

Leticia – ¿Sabías que el abuelo había contratado un seguro de decesos?

Silvia – No...

Leticia – Es rarísimo, ¿no? No me imagino eligiendo por adelantado si quiero un ataúd de roble o de pino, tiradores dorados o plateados, forro rosa chicle o verde manzana...

Silvia – Al menos, es cómodo para los demás. No tienen nada que hacer...

Leticia (*con ironía*) – Y nada que pagar...

Silvia saca de su bolso un espejo y se mira.

Silvia (*espantada*) – ¡Uy! ¡Ni yo misma me reconocería si me viese por la calle! Voy a arreglarme un poco, si no, van a creer que es a mí a la que hay que enterrar...

Silvia, camino del aseo, se cruza con Carlos, que intenta pasar inadvertido escondiéndose detrás de un libro de Kant. Ella vacila un momento antes de abordarlo con una gran sonrisa.

Silvia – ¿Carlos? ¡Soy Silvia! ¿Te acuerdas? Íbamos juntos al instituto...

Carlos (*con entusiasmo fingido*) – ¡Silvia...!

Silvia – ¡Hombre! ¿Qué es de tu vida?

Carlos – Pues sigo en el instituto...

Silvia – ¿De profesor?

Carlos – Primero alumno, después vigilante de pasillos y ahora profesor. Era la única forma de que no me echaran del instituto... ¿Y tú?

Silvia – Yo... Pues... Me casé... Y luego me divorcié...

Manolo (*sentencioso*) – Bueno... Más vale estar bien divorciado que mal casado... ¿No es verdad?

Silvia le echa una mirada asesina.

Silvia (*a Carlos*) – ¿Sigues escribiendo teatro...?

Leticia parece sorprendida.

Carlos – No... (*Al ver la decepción de Silvia, rectifica.*) Ahora escribo más bien novelas...

Silvia – ¿Novelista? ¡Genial! Tendrás que dedicarme una de tus obras.

Carlos (*confuso*) – Bueno...

Silvia – ¿Y, aparte de eso? ¿Estás casado? ¿Tienes hijos?

Carlos – No, sigo soltero...

Silvia – Y pensar que ahora mi hija tiene la misma edad que tus alumnos... ¡Cómo pasa el tiempo...! (*Señalándole a Leticia*) ¡Mira, aquí está!

Carlos echa una mirada confusa a Leticia.

Carlos – ¿Leticia? ¡Si está en mi clase...! No sabía que era tu hija...

Silvia – Lleva el apellido de su padre... Lo único que le dejó cuando se marchó... ¿Y tú? Eres su profesor de gimnasia, ¿verdad? Habla mucho de ti, ¿sabes...?

Carlos – Pues... no. De filosofía...

Silvia – ¡Claro! Tienes más bien pinta de profesor de filosofía... Dime, parece que mi hija no se lleva bien con Kant, ¿no? ¿Crees que por fin va a sacar el bachillerato? Porque ya van tres intentos... Siempre ha tenido un espíritu más bien práctico. Y, además, la filosofía no lleva a ninguna parte, ¿verdad?

Carlos – Pues...

Silvia – Mira, si folla otra vez... Digo, si falla otra vez, la matriculo en una escuela privada de negocios, de esas que te admiten incluso sin el bachillerato. Ya he encontrado una. Es cara, sí, pero bueno... Cuando se quiere algo bueno, hay que pagarlo. Y, francamente, ¿para qué sirve aprobar el bachillerato si luego se va a la universidad con todo el mundo? Ahora cualquiera va a la universidad. ¡Ya no hay selección!

Leticia (*agobiada*) – Mamá...

Silvia (*suspirando*) – Qué difícil es para una mujer sola educar a una hija... ¿Sabes qué decía Freud sobre la educación de los hijos? «Hagas lo que hagas, te equivocarás». Bueno, disculpa, tengo prisa. Tengo un entierro pendiente...

Silvia prosigue su camino hacia el lavabo.

Leticia (*enfadada*) – No sabía que conocías a mi madre.

Carlos – Pues yo tampoco...

Leticia (*preocupada*) – Tengo que verte esta noche... ¿Voy a tu casa?

Carlos – Escucha, Leticia, será mejor que dejemos lo nuestro. Vamos camino de un aborto... Digo, de un desastre...

Leticia – ¿De un aborto?

Carlos – Dentro de una semana tendrás los exámenes de bachillerato. El año que viene irás a la universidad... o a una de esas escuelas privadas. Y yo seguiré dando clase en el instituto, como todos los años.

Leticia – ¿El bachillerato? Lo he suspendido dos veces para poder seguir en tu clase. Pero este año te convendría que aprobara, ¿eh? Así en septiembre podrás encontrar otra alumna a la que dar clases particulares...

Carlos le hace discretamente un gesto para que hable más bajo.

Carlos – Pero... ¡Podría ser tu padre!

Leticia (*amenazante*) – Podría denunciarte por corrupción de menores...

Carlos – ¡Pero si tienes veintiún años!

Leticia – Pues por acoso sexual, entonces.

Carlos (*con indiferencia fingida*) – Haz lo que quieras. A lo mejor, me harías un favor echándome de la docencia.

Leticia (*levantándose, con desprecio*) – ¡Gilipollas!

Silvia sale del lavabo. Leticia y Carlos se callan.

Silvia (*a Carlos, encantadora*) – ¿Por qué no vienes a casa alguna noche? Cena de solteros... (*A su oreja, sugerente*) A ver si conseguimos reanimar el fuego...

Carlos, molesto, contesta con una sonrisa crispada.

Silvia – ¿Vienes, Leticia? (*A Carlos*) Y no me la agotes demasiado, ¿eh? Sigue siendo una niña.

Silvia y Leticia se van. Carlos se queda, trastornado pero aliviado. Manolo no se ha perdido nada de la conversación, pero hace como si no hubiese escuchado.

Carlos – Los riesgos del oficio... ¿Puedo contar con tu discreción? Si esto sale de aquí, me echan del instituto... y puede que acabe en la cárcel.

Manolo (*sentencioso*) – Un bar es como un confesionario. Puedes considerarme tu confesor.

De repente, Leticia vuelve como una furia, y pone algo en la mano de Carlos.

Leticia – Toma. Es el primer examen que apruebo en toda mi vida. Y esta vez sí que ha sido gracias a ti... Te dejo el diploma de recuerdo.

Leticia se va. Carlos mira la cosa incrédulo. Es una prueba de embarazo.

Manolo (*con una sonrisa*) – Cuando hay dos rayas, es que son gemelos...

Carlos se va, muy preocupado. Manolo suspira, antes de volver a su crucigrama. Conchi llega desde la cocina con una revista. Aprovechando la distracción de Manolo, se sirve una copa de licor de manzana, la bebe de un trago, y echa el contenido de un vaso de agua en la botella con la ayuda de un embudo. Vuelve a poner la botella en su sitio cuando Manolo le echa una mirada sospechosa. Conchi abre su revista y se pone a leer con una sonrisa inocente. Manolo observa la portada de la revista.

Manolo – ¿Buscas un buen fusil de segunda mano?

Conchi – ¡No! Son por los anuncios... (*Manolo la mira sorprendido.*) ¡Los anuncios matrimoniales!

Manolo – ¿Y qué?

Conchi – Pues, como con los coches... Tienes que hacer un estudio comparativo antes de decidirte...

Manolo – ¿Y has encontrado el modelo que buscas?

Conchi – Todavía no. Desgraciadamente, pasados los cincuenta, tienes que limitarte al mercado de ocasión...

Se oye el tono de un teléfono (una música de boda). Conchi saca su móvil.

Conchi – Debe de ser el mío... Me compré un móvil por Navidad. Habrá que estar al día, ¿no?

Intenta atender la llamada, pero, como no está acostumbrada al aparato, no lo consigue.

Conchi – ¡Joder!, ¿cómo funciona esa mierda...?

Manolo la mira desconcertado. Conchi consigue por fin hablar con su interlocutor.

Conchi (con amabilidad afectada y en voz muy alta) – Dígame... Sí, sí, soy yo... Sí, buenos días... Sí... Sí, cuarenta...

Se da cuenta de que Manolo la está escuchando.

Conchi – Bueno, más cerca de los cuarenta que de los cincuenta... Vi su anuncio por casualidad en esa revista de caza... No, yo no cazo. La habré hojeado en la peluquería... No, mi peluquera tampoco caza. ¿Por qué? Divorciada, sí. ¿Y usted...? (Se queda helada.) Ah... ¿Y de qué murió su mujer? Si no es indiscreción, claro... ¡Cuánto debió de sufrir! En casos así, lo mejor sería ponerles una inyección para que dejaran de sufrir... (Manolo la mira, atónito.) Sí, seguro que su muerte le dejó un gran vacío... No, yo no tengo animales, solo un hijo de diecisiete años... Pero también ensucia lo suyo, no crea... ¿A usted le gustan los niños? No, lo digo por el mío. Para tener otro, ya es un poco tarde, ¿no cree? Podría salir mal... (Conchi se da cuenta de que Manolo la está escuchando.) Mire, ahora estoy trabajando, pero si quiere venir... ¿El Bar Manolo le va bien? No, no está frente al estadio, sino frente al cementerio... Eso es. Hasta luego...

Conchi cuelga y deja su móvil en la barra. Manolo, suspicaz, está comprobando la raya que marcó en la etiqueta de la botella de licor de manzana.

Conchi – No hemos visto a Pepe esta mañana. Qué raro, ¿no?

Manolo – Lleva tres días sin venir a echar la Primitiva... Debe de estar enfermo.

Conchi – Con el tiempo que lleva jugando los seis pares de cifras de su número de afiliación a la Seguridad Social... Sería una pena que salieran justo el día en que no pudiera sellar el boleto.

Manolo vuelve al ABC, pasa una página y da un respingo.

Manolo – ¡Hablando de la Primitiva...! ¡Mira...!

Conchi – ¿Qué?

Manolo – ¡El bote de la Primitiva! ¡El boleto premiado se selló aquí!

Conchi – No me digas...

Manolo – ¡Lo dice el periódico! ¡75 millones!

Conchi – ¿De pesetas?

Manolo – ¡De euros! ¿Te imaginas lo que se puede hacer con setenta y cinco millones de euros? (*Conchi parece incapaz de imaginárselo.*) ¡Seguro que es alguien conocido!

Conchi – A lo mejor es soltero...

Manolo – ¿Quién sabe...? A veces, los ganadores prefieren permanecer en el anonimato...

Manolo se sirve una copa de licor de manzana.

Conchi – Como los alcohólicos...

Manolo se bebe su licor de manzana, antes de tocarse la barriga.

Manolo – No sé qué tendrá este licor de manzana, no me sienta bien. Me duele la barriga.

Conchi – ¡Qué va! Es el estrés. Ya verás, cuando te jubiles ya no tendrás dolor de barriga.

Manolo – Claro... Y cuando me muera no tendré dolor en ningún sitio...

Traza otra raya en la etiqueta de la botella.

Conchi – Bueno, voy al supermercado.

Conchi sale. Su móvil, olvidado en la barra, suena.

Manolo – ¡Se ha dejado el móvil! ¡Joder! (*Tras varios intentos, consigue contestar.*) ¡Dígame! No, no soy Conchi, soy Manolo... ¿Quién llama? ¿Jesús? ¿Qué anuncio? Ah, sí, el de la revista de caza... ¡No, espere, déjeme explicarle! Este teléfono no es mío... ¡Ha colgado el tío! (*Deja el móvil sobre la barra.*) Jesús... Espero que no fueran los testigos de Jehová...

Entran dos empleados de funeraria, vestidos de negro y con gafas oscuras.

Manolo – ¡Anda! Aquí vienen los Blues Brothers. ¿Cómo anda el negocio?

Paco – La gente ya ni respeta las tradiciones. Hasta los funerales llevan retraso. Por lo menos, nos da tiempo para tomar algo. (*Echa un vistazo por la ventana.*) Aunque tengo que echar un ojo al coche fúnebre.

Luis – No vaya a ser que nos roben el coche con el cliente dentro. Con las cosas que se ven... ¿Os habéis enterado de los que pasaban tabaco de contrabando escondido en un coche fúnebre?

Manolo – Ahora, con esas fotos horribles que obligan a poner en los paquetes de tabaco, cualquier furgoneta de reparto va a parecer un coche fúnebre... (*Pausa.*) ¿Qué os pongo? (*Burlón.*) ¿Un bocadillo de fiambre?

Paco – Pues lo de siempre. (*Con segundas intenciones.*) Un equipo que gana no se toca, ¿verdad?

Manolo le sirve una copa, pero no contesta.

Paco (*insistiendo, con ironía*) – ¿Viste el partido ayer?

Manolo – Sí, hombre, ya está bien... (*De mala fe.*) El segundo gol era fuera de juego...

Paco (*escandalizado*) – ¿Cómo que no valía?

Manolo – Fuera de juego.

Paco – ¿Fuera de juego?

Conchi vuelve del supermercado con una bolsa grande de la compra, y enseguida se ve metida en la conversación.

Manolo (*a Conchi*) – ¿A que el segundo era fuera de juego?

Conchi – Desde que hasta los árbitros llevan publicidad en la camiseta... (*Los otros la miran sin entender.*) ¿Qué llevaba escrito ayer el árbitro?

Les enseña la bolsa del supermercado.

Paco (*leyendo*) – ¿«Día»? ¿Y qué?

Conchi – ¿Y qué tiene que llegar para que empiece el partido? ¡El día del partido!

Manolo (*iluminado*) – ¡Partido! ¡Pero empieza por pe, no por te!

Manolo cuenta con los dedos, ante el asombro de los demás.

Luis – Primero, que en la camiseta no ponía «Día», sino «Apuestas».

Conchi (*con suficiencia*) – Bueno, pues eso...

Conchi va a la cocina con las bolsas.

Manolo – ¡Son siete letras! Y lo mío tiene seis... ¡Y empieza por te!

Manolo vuelve, decepcionado, a su crucigrama.

Paco (*mirando los pies de Manolo*) – Muy bonitos tus calcetines... ¿Los hacen también para hombres?

Manolo se encoge de hombros y vuelve a servirles una ronda. Al llenar el vaso de Luis, este le indica que pare, pero el vaso ya está rebosando.

Luis – Hop, hop, hop... Vale, vale, vale... Ya hay bastantes muertos en las carreteras...

Paco – Bueno, a nuestros clientes ya no puede pasarles nada grave... Aunque, fíjate, el mes pasado incineramos a la señora López...

Manolo – ¿Qué López?

Paco – La señora López. Su marido tenía una tienda de artículos de broma. Murió de un infarto...

Manolo – ¡Ah!, sí...

Paco – Pues su marido no ha durado mucho como viudo...

Manolo – ¿Ya se ha vuelto a casar?

Paco – Cáncer de páncreas... Lo enterramos la semana pasada. Y eso que era más joven que tú.

Manolo – No hay justicia...

Luis (*suspirando*) – Así es la vida...

Paco – El caso es que el marido olvidó avisarnos, antes de incinerarla, de que su mujer llevaba marcapasos. En mitad de la ceremonia, ¡bum! La pila de litio estalló con el calor y la puerta del horno salió disparada contra la pared.

Luis – Suerte que no había nadie delante.

Paco – No te cuento cómo se puso la familia. Y eso sin hablar de la señora López... Por suerte no hubo heridos, que es lo importante. Aunque el destrozo fue considerable. Menos mal que tenemos seguro...

Luis – Un aparato de ésos es bastante más caro que un horno para pizzas...

Manolo – No sabía que vuestro oficio fuera tan peligroso... (*Pausa.*) Por cierto, qué raro que Pepe no haya venido a echar la Primitiva...

Paco – ¿Pepe? ¡Si acabo de verle en un coche de lujo...!

Manolo (*estupefacto*) – ¿Será él al que le ha tocado el gordo?

Paco – Pues, en cierto modo sí... Ha muerto. ¡Es el que va en nuestro coche fúnebre!

Manolo – No me digas...

Luis – Cirrosis hepática.

Manolo – ¿Pepe? Pobrecito... Lo vi hace tres días, cuando vino a echar la Primitiva, como siempre... Y mira que le podría haber tocado: fui yo quien selló el boleto premiado de esta semana.

Conchi sale de la cocina.

Conchi – ¿Y si era él...?

Manolo – ¿El qué?

Conchi – ¡El ganador! No ha aparecido... Tendría un buen motivo para no aparecer...

Manolo – Es fácil comprobarlo, porque siempre jugaba los seis pares de cifras de su número de afiliación a la Seguridad Social... (*Busca en el periódico los resultados de la Primitiva.*) 1, 6, 9, 12, 16 y 37; el complementario es el 25 y el reintegro, el 4... Pero ¿cuál era exactamente su número de afiliación?

Los demás se miran con incertidumbre.

Conchi – ¡Sería tener una suerte de narices!

Paco – Yo, de todos modos, prefiero estar donde estoy.

Manolo – Lo digo por sus herederos. Que si no... no les va a dejar mucho.

Conchi – Aparte de un montón de botellas vacías...

Luis – ¿Y tú qué harías, Manolo, si te tocara la Primitiva?

Manolo – Invitaros a una ronda... Pero no juego.

Conchi – Yo, si me tocara el bote, me pagaría un viaje al espacio. *(Los demás la miran perplejos.)* ¿No lo habéis leído? ¡Ahora los millonarios se pueden ir de excursión en un cohete!

Luis – Me recuerda lo que le decía mi madre a mi padre, que era comunista: «Cuando pongan a los gilipollas en órbita, entonces sí que harás muchas revoluciones».

Paco – Vamos, Manolo, una copita para celebrarlo.

Manolo – ¿Celebrar qué?

Paco hace un gesto para significar que no importa. Manolo llena los vasos otra vez. Entra Blanca, con un pañuelo cubriéndole la cabeza. Sin decir nada, coloca unas figuras pequeñas en la barra. Los demás la miran, sin saber cómo reaccionar. Blanca pone un papelito en la barra. Conchi se inclina para leerlo.

Manolo – ¿Qué pone?

Conchi – Que si compramos cuatro, el quinto es gratis...

Paco *(considerando las estatuas)* – ¿Qué coño es esto?

Luis – ¿No son los siete enanitos?

Conchi – ¡Pero si sólo son cinco!

Manolo – Y encima son diminutos para ser enanitos. Como no cortes el césped todas las semanas, los pierdes para siempre...

Luis *(lleno de compasión)* – Bueno... Si compramos dos cada uno...

Manolo – ¿Qué coño vamos a hacer con dos enanos cada uno?

Conchi – Sí. Además, sólo son cinco...

Manolo *(en voz alta, a Blanca)* – No, gracias, ya tenemos todo lo que necesitamos.

Conchi – ¿Para qué gritas? Si es sorda...

Blanca recoge sus estatuas, enfadada.

Manolo – No estoy gritando. Ar-ti-cu-lo. Para que pueda leer en mis labios...

Blanca se va. Antes de salir, se da la vuelta.

Blanca – ¡Enanos!

Sale. Los demás se quedan parados.

Paco – Por lo menos, no es muda...

Manolo – Mira. Casi nos apiadamos.

Conchi (*pensativa*) – Me recuerda una historia...

Manolo – Blancanieves...

Conchi – Se titula «Una mujer es una mujer».

Saca una novela romántica y la deja sobre la barra.

Conchi – Ambientada en Florida. Una millonaria estadounidense, sordomuda, se enamora de un seminarista francés destinado en Miami. La pobre no sabe cómo declararle su amor...

Manolo – Porque es seminarista...

Conchi – Sí... Y además porque ella es muda. Por su lado, él también está enamorado de ella, pero no sabe cómo hacerle entender...

Luis – Porque es tímido...

Conchi – Bueno, sí... Y además porque ella es sorda.

Manolo – ¿No podía ella leer los labios?

Conchi – Sí, pero él solo habla francés y ella no. Ahí está el problema...

Paco (*un poco perdido*) – Claro...

Conchi – Para darle una sorpresa, él aprende en secreto el lenguaje de signos...

Manolo – Y el inglés...

Conchi – El día de San Valentín, la invita a cenar en un restaurante de lujo para declararle su amor.

Paco (*apasionado*) – ¿Y qué?

Conchi – Pues, de la emoción, ella recobra la voz y el oído.

Luis – ¿Y entonces?

Manolo – O sea, que aprendió lengua de signos para nada...

Conchi – ¡No! Porque después los dos deciden abrir una escuela para sordomudos...

Luis (*preocupado*) – ¿Pero se casan?

Conchi – Claro.

Manolo – Pero si es seminarista...

Conchi – Al final, él se hace protestante para poder casarse con ella...

Silencio. Todos parecen meditar sobre el profundo sentido de esa historia.

Conchi – Bueno, pues yo tengo que volver a mi cocina...

Manolo – Eso, vaya a la cocina.

Conchi sale. Los empleados toman sus copas. Manolo vuelve a su periódico.

Manolo (*leyendo*) – El tabaco mata también a los no fumadores... ¿Para qué dejar de fumar, entonces...?

Paco – Hablando de eso, ¿sabes lo que me ha preguntado mi hija, esta mañana, mientras la llevaba a la escuela en el coche fúnebre?

Manolo – ¿Llevas a tu hija a la escuela en ese coche?

Paco – ¿Y qué? Es un vehículo de trabajo. Como si llevase la de “La Casa del Congelado”... (*Enfadándose*) Bueno, ¿sabes lo que me ha preguntado?

Manolo – No.

Paco – ¿Adónde va uno cuando ha muerto...?

Manolo – ¿Y qué le has contestado?

Paco – ¿Tú qué crees?

Manolo – No sé.

Paco – Pues eso. Le he contestado que no lo sé.

Manolo – ¿Y qué?

Paco – Pues que me ha dicho: “pero, papá, ¿cuando uno ha muerto, va al cementerio!”.

Manolo – Claro, con el oficio que tienes, le ha sorprendido que no lo sepas.

Luis – Adónde se va cuando uno muere... Si ni siquiera sabemos adónde vamos en vida... Venga, pon otra ronda, que así se nos pasa la cerveza.

Manolo vuelve a servirles y descubre que la botella está vacía al llenar la copa de Paco.

Manolo – El que termina una botella es el siguiente en casarse... Voy a buscar una caja de blanco al sótano. Con todo lo que bebéis...

Luis (*echando un vistazo al ABC*) – Violada por su padrastro el día de su boda, se arroja bajo el tren que debía llevarla de luna de miel y provoca un descarrilamiento...

Paco – Parece que vuelve a haber trabajo...

Manolo baja al sótano por la trampilla situada detrás de la barra. Conchi regresa y pasa una bayeta por la barra.

Paco (*a Conchi*) – Y tu hijo, ¿cómo va?

Conchi – Bien. Está haciendo unas prácticas de tres meses a través de su escuela de negocios.

Paco – ¿Ah, sí? ¿Dónde?

Conchi – En un Burger King... De Los Ángeles.

Paco – ¡Los Ángeles! ¿Y qué hace allí? ¿Se ocupa del marketing?

Conchi – No, no, está de cara al público. La filosofía de los negocios en Estados Unidos es empezar desde abajo.

Paco – ¿En un Burger King...?

Conchi – ¡En Los Ángeles! No cogen a cualquiera, ¿eh? ¡Servir hamburguesas a los norteamericanos tiene su mérito!

Paco no tiene tiempo de contestar.

Manolo – ¡Dios mío!

Manolo vuelve del sótano.

Manolo – ¡Son las Cataratas del Niágara lo que hay aquí abajo!

Luis – ¿En el sótano...?

Manolo – Ha debido reventar una cañería... Voy a cortar el agua.

Manolo se dirige al contador.

Conchi – Sí, ¿pero qué hago yo ahora? Sin agua...

Manolo – Eso sí, de vino blanco nada, hasta que arreglemos la avería...

Luis – Lo importante no es la botella, sino la borrachera. Anda, sírreme un Ribera... En vaso grande.

Manolo mira a Paco para preguntarle qué quiere tomar.

Paco – Otro Ribera para mí, por favor...

Manolo – Pues yo también me voy a tomar otro Ribera para reponerme. *(Sirve las copas suspirando.)* Seguro que ha reventado una tubería. ¡Ahí abajo parece que se ha hundido un barco! Solo flotan los cadáveres de las botellas vacías.

Luis – Más valdría que flotaran las llenas...

Conchi – ¿Y para qué guardáis tantas botellas vacías? Si ya no las devuelves por dinero...

Luis – De pequeños las llevábamos a la tienda para sacar unas pesetas y comprarnos tabaco. La tendera las amontonaba en el patio, pero el muro lindaba con nuestro jardín: cogíamos una escalera, recuperábamos las botellas y se las volvíamos a vender. Era una buena mujer, pero no podíamos evitar gastarlas esas faenas... Dicen que los niños son angelitos. ¡Y un cuerno! No hay nada más cruel que un niño.

Conchi – Bueno, ¿y cómo voy a cocinar yo sin agua?

Manolo – Vale, vale. Voy a llamar al fontanero.

Manolo busca un fontanero en una guía telefónica. Paco abre el ABC.

Manolo (*leyendo la guía*) – García, García, García... Desde luego, para elegir no será...

Luis (*leyendo el periódico*) – Los españoles hacen el amor una vez cada tres días... Increíble...

Manolo (*marcando el número*) – A ver... 91...

Conchi – ¿Y qué? ¿Viene ese fontanero o no?

Manolo (*llamando*) – No contesta...

Conchi – Pues voy a aprovechar para ir a por el pan...

Luis – ¿Sabíais que los españoles hacen el amor una vez cada tres días?

Conchi (*irónica*) – ¿Y las españolas?

Luis (*mirando el periódico*) – Aquí no lo pone.

Manolo – ¡Mierda! Voy a probar con su móvil...

Conchi – ¡Cada tres días! Será en sueños...

Conchi sale hacia la panadería.

Manolo (*marcando el número*) – 6...

Luis – Es un promedio...

Manolo – Por lo que hace que no te toca a ti, los demás tienen que estar trabajando a destajo. (*Por fin contestan al teléfono.*) ¡Ya era hora! ¡Oiga! Le oigo fatal... ¿Va conduciendo? Bueno, cinco minutos tendrá, digo yo. Tengo una fuga en el sótano... Sí, el Bar Manolo... No, no está frente al estadio, ¡está frente al cementerio! ¿Me oye? ¡Enfrente! (*Más alto.*) ¡Enfrente! ¡Oiga! ¡Oiga!

En este momento, se oye el ruido de un coche frenando, y luego estrellándose. Los empleados miran hacia afuera.

Paco – ¡Dios mío!

Manolo (*colgando*) – ¡Joder! Se ha cortado la llamada...

Luis – Pues es el primer ataúd que veo volar...

Los empleados salen precipitadamente. Manolo va a echar un vistazo por la ventana.

Manolo – ¡Madre mía! ¡Se ha estampado de lleno contra el coche fúnebre! Pobre Pepe... Menos mal que ya estaba muerto...

Jesús entra, en mono, dando el brazo a Blanca. La vieja ya no lleva el pañuelo en la cabeza y Manolo no la reconoce.

Blanca – ¿Le tocó el permiso de conducir en la lotería o qué? ¡Por poco me mata!

Jesús – ¡Pero si se me ha echado encima! *(A Manolo)* Lo ha visto todo, ¿verdad? Ha cruzado la calle como una loca...

Manolo finge no haber visto nada y no querer mezclarse en el asunto.

Blanca – No sabe conducir... y ahora me trata de loca.

Manolo *(a Blanca)* – Siéntese un momento...

Jesús *(a Manolo)* – Podría darle algo un poquito fuerte, para reanimarla...

Manolo le sirve a Blanca una copita de licor de manzana, que ella se bebe de un trago.

Blanca – ¡Sabe a agua, este licor de manzana!

Manolo entiende la indirecta, vuelve a llenar la copa y se la ofrece. Blanca se la bebe de un trago y le tiende de nuevo el vaso.

Blanca – Todavía me siento muy débil...

Manolo se niega a hacerlo.

Manolo – Ya basta.

Jesús – Pero si no tiene nada. Ni siquiera la he tocado. Mi furgoneta, en cambio...

Blanca – Casi me mata, y él se preocupa de su chatarra...

Jesús – Pues antes de ser chatarra, era una furgoneta nueva. *(A Manolo)* ¿Y para el parte del accidente, qué? ¿Sabe dónde están los de la funeraria?

Pero Manolo se preocupa de la vieja.

Manolo – ¿Cómo está la abuelita?

Blanca *(picada)* – No soy su abuelita...

Manolo *(a Jesús)* – Tenemos que avisar a la familia, que vengan a recogerla. *(A Blanca)* ¿Quiere que llamemos a sus hijos?

Blanca *(mirándole)* – ¿Hijos? No sé si tengo...

Manolo – ¿No sabe?

Blanca – Pues, si tengo, no sé qué hice con ellos.

Manolo – ¿Pero cuál es su apellido?

Blanca – ¿Y a usted qué le importa? ¿Es de la policía?

Manolo – ¿Está casada?

Blanca – ¿Casada? Claro, iba a ver a mi marido al cementerio cuando este cabrón me atropelló con su furgoneta.

Manolo – Y su marido, ¿dónde está?

Blanca – ¿Mi marido? ¡Pues muerto!

Manolo – ¿En el accidente?

Blanca – ¿Qué accidente...?

Jesús (*perdiendo la paciencia*) – Bueno. Ya que nadie está herido, no hace falta que yo me quede aquí...

Manolo – Espera un momento. Me la traes aquí después de atropellarla, no te vas a ir así como si tal cosa. O, si no, te la llevas. Ya tengo un reventón en el sótano...

Jesús – Muy bien. ¿Qué hacemos entonces?

Manolo (*a Blanca*) – ¿Qué pone en la tumba de su marido?

Blanca – Pues... “Descanse en paz”, si mal no recuerdo.

Manolo – No, lo que quiero es saber qué apellido figura ahí. (*Blanca indica que no lo sabe.*) Debe de ser por el golpe... Esperaremos un poco, a ver si le vuelve la memoria. (*A Blanca.*) Piénselo. ¿Por qué letra empieza su apellido?

Blanca – ¿Y el suyo? ¿Empieza por una c, con cuatro letras?

Manolo (*perdiendo la paciencia*) – Empieza a joderme la vieja esta.

Jesús – Parece un poco despistada, ¿no? A lo mejor se ha escapado de un manicomio...

Blanca hace una mueca para fingir que está loca. Los otros dos la observan consternados.

Manolo (*a Jesús*) – ¿Y usted qué opina?

Jesús – A menos que esté borracha...

Manolo – ¿Borracha?

Jesús – Con todo el licor de manzana que le has servido...

Manolo – ¡Anda! Ahora va a ser culpa mía. (*Desconfiado*) Aunque normalmente no es a las víctimas a quienes hacen soplar... ¿Quieres que llame a la policía?

Jesús (*conciliador*) – Bueno, no es necesario molestar a la policía. Dejamos a la anciana descansar un ratito. Y yo voy a ver si puedo arrancar la furgoneta. Si no, tendré que llamar a la grúa...

Jesús sale. Los empleados de la funeraria vuelven con el ataúd sobre los hombros.

Manolo – ¿Pero qué coño es esto?

Paco – ¡Es Pepe! Pobrecito, no podíamos dejarlo así en medio de la calle...

Blanca se vuelve hacia el ataúd.

Blanca – ¿Pepe...?

Los empleados ponen el ataúd encima de la barra. Paco coge el móvil olvidado por Conchi.

Paco – ¿Me prestas el móvil para llamar a la oficina?

Manolo – Bueno... Es el móvil de Conchi.

Paco marca el número.

Paco – ¡Joder! No contestan. Se habrán ido a comer... *(Deja el móvil en la barra.)*

Luis – Pero tendremos que arreglar el ataúd en algún sitio. La caja ha quedado bastante maltrecha...

Paco – Y entra en el contrato. Hay que cambiarle la tapa.

Manolo – ¿Aquí?

Paco – Así no haría falta aplazar la ceremonia. La familia ha ido a la floristería... Es cosa de un cuarto de hora, como máximo... Es sólo ir a recoger una tapa nueva y volver. Estoy seguro de que le hubiera hecho muy feliz pasar un último rato con vosotros aquí... ¿Dónde podemos dejarlo para que no moleste...?

Manolo *(reticente)* – El sótano está inundado. Así que, aparte de la cocina...

Tomándolo como una proposición, los empleados se llevan el ataúd hacia la cocina, bajo la mirada espantada de Manolo.

Blanca – ¿No sería mi marido, no?

Manolo entra hacia la cocina, preocupado. Blanca les sigue también, pero se detiene cuando suena el móvil de Conchi. Blanca coge el teléfono y contesta.

Blanca – ¿Sí...? ¿Que si me puede llamar Conchi? Si le gusta... Bueno, más bien viuda... Precisamente iba a enterrar a mi marido... está en la cocina. ¿Mi edad...? Más cerca de ochenta que de veinte... ¿Que no tiene nada contra los viejos...? *(La sonrisa de Blanca desaparece)* Ha colgado. ¡Será maleducado...!

Blanca sigue hacia la cocina llevándose el móvil. Los empleados de la funeraria y Manolo regresan sin el ataúd y sin Blanca. Silvia y Leticia entran alteradas con una corona funeraria que lleva la inscripción «Muerto por la Patria».

Silvia – ¿Pero qué pasó con papá?

Paco – Pues hubo... un pequeño accidente de circulación.

Leticia – Pensaba que había muerto de cirrosis...

Paco – Puedo explicárselo. Todo se va a arreglar...

Los empleados de la funeraria se llevan a Silvia fuera mientras le dan explicaciones en voz baja. Carlos regresa buscando a Leticia, que iba tras su madre, e intenta retenerla.

Carlos – ¿Hablaste con tu madre...?

Leticia – Está intentando enterrar a su padre. No sé si es el mejor momento para anunciarle que su hija está embarazada...

Manolo – Los unos se van, los otros llegan. ¡El gran ciclo de la vida...!

Carlos – Tú sí que deberías haber sido profesor de filosofía.

Manolo – ¿Yo, profesor de filosofía? Si ni siquiera tengo el graduado... *(Se ríe.)*
¡Bueno, sí que estoy graduado! ¡En grados de alcohol!

Carlos se vuelve hacia Leticia.

Carlos – No entiendo... ¿Cómo ocurrió?

Leticia – ¿No tienes ni la menor idea?

Carlos – Perdona, yo...

Carlos parece completamente abatido. Leticia oscila entre la consternación y la compasión.

Leticia – No te preocupes, era una broma.

Carlos – ¿Una broma?

Leticia – ¡La prueba de embarazo! La he hecho, pero es negativa...

Carlos saca la prueba de su bolsillo y la mira. Manolo se aproxima, y confirma.

Manolo – Ah, sí, ¿ves...? *(Explicándole a Carlos)* Aquí tendría que haber una...

Carlos le mira, enfadado.

Leticia – Es hora de que madures un poco, Carlos...

Leticia se va.

Carlos – Creo que voy a tomarme otra copita de licor de manzana... *(Manolo le sirve y Carlos se la bebe de golpe.)* ¡Sabe a agua ese licor suyo!

Carlos se dirige al aseo y se cruza con Blanca, que sale de la cocina con aire conspirador. Manolo la mira con suspicacia.

Blanca *(para ella misma)* – ¿No tenía yo un teléfono en la mano...?

Jesús vuelve.

Jesús *(enfadado)* – Nunca vamos a poder firmar el parte del accidente. ¿Dónde se habrán metido los de la funeraria...? Es que tengo una caldera que instalar...

Manolo abre mucho los ojos.

Manolo – ¿Tú eres fontanero?

Jesús – Pues, sí...

Manolo – ¿Cómo te llamas?

Jesús – Jesús...

Manolo – ¡Entonces eres el que estaba esperando! *(Señalándole la dirección)* Está aquí abajo...

Jesús (*sin entusiasmo*) – ¿De qué se trata?

Manolo – Se ha jodido algún tubo. Un verdadero reventón...

El fontanero se aproxima para mirar, dejando su manojo de llaves en la barra.

Jesús – ¡Dios mío!

Manolo (*preocupado*) – ¿Pero vas a poder hacer algo, verdad? No sé, hacer un torniquete de urgencia o algo...

Jesús – Pues no soy un hombre-rana. Soy fontanero...

Manolo – Bueno, ¿y qué hago yo?

Jesús – Siempre puedes llamar a los bomberos... O esperar a que se evapore.

Manolo – Es que ya no tenemos agua.

Jesús (*irónico*) – ¡Pero si tienes una piscina en el sótano...! (*Viendo que Manolo no lo encuentra divertido*) Bueno, por lo menos voy a cortar el agua abajo.

El fontanero se pone a trabajar detrás de la barra.

Manolo – ¿Por qué estas cosas me pasan siempre a mí?

Jesús (*arreglando algo en el sótano*) – No es que te pasen siempre a ti, sino que cuando les pasan a los demás, te importa un pepino...

Carlos sale del lavabo.

Carlos – Hay un cadáver en la mesa de la cocina...

Manolo (*preocupado por otra cosa*) – No te preocupes, es sólo para echar una mano...

El fontanero vuelve a subir.

Manolo – ¿Ya está?

Jesús – Sí. Llámame cuando no quede agua en el sótano, para que haga la reparación.

Manolo – Bueno, ¿qué te debo?

Jesús – Cien euros.

Manolo (*escandalizado*) – ¡Cien euros por cinco minutos de trabajo!

Jesús – Es precio fijo. ¿Quieres ver la lista de precios?

Manolo – ¡Preferiría haberla visto antes! (*Saca de la caja unos billetes y se los entrega al fontanero de mala gana.*) ¡Y pensar que un médico cobra cuatro veces menos por una visita a domicilio!

Jesús (*cogiendo los billetes*) – Pues la próxima vez llama al médico. ¿Se puede comer algo? Ya que estoy aquí...

Manolo – La cocinera no está... Solo tenemos carne fría en la cocina...

Jesús (*yéndose*) – Bueno, pues tengo que irme. Dejo aquí la tarjeta para el atestado del accidente.

Sale el fontanero, que se cruza con Conchi, quien vuelve con varias barras de pan.

Conchi – ¿Ya han arreglado la fuga?

Manolo – Por lo menos tenemos agua.

Conchi – ¡Menos mal...! Es que voy con retraso, con todo esto.

Conchi desaparece en la cocina. En seguida, se le oye gritar.

Manolo – ¡Ay!, se me olvidó avisarle lo de Pepe...

Blanca (*intrigada*) – ¿Pepe...?

Manolo va a la cocina. Vuelve sosteniendo a Conchi por el brazo.

Manolo – Dijo un cuarto de hora, ya no tardará mucho. Siéntate un rato...

Manolo ve las llaves olvidadas por el fontanero en la barra.

Manolo (*mostrando júbilo*) – ¡Se ha olvidado las llaves, el muy cabrón!

Conchi (*despistada*) – ¿Quién?

Manolo – ¡Ese fontanero! Pues que llame a un cerrajero tan carero como él, el muy sinvergüenza.

Conchi (*pensativa*) – ¿Qué habrá hecho con eso...?

Manolo – ¡Si acabo de decirte que se las ha olvidado en la barra, el muy cabrón!

Conchi – No, digo Pepe. ¿Dónde habrá dejado el boleto ganador...?

Manolo (*pensativo*) – Fíjate... ¡El pleno...!

Conchi – A lo mejor, todavía lo tiene en el bolsillo...

Los dos miran hacia la cocina. Blanca también. Silencio. El fontanero vuelve, con cara preocupada.

Jesús – No sé qué he hecho con las llaves. ¿No las habrán visto, por casualidad?

Manolo (*sonriendo con satisfacción*) – Pues... ¿Qué llaves eran?

Jesús – Bueno... Las llaves del coche, de casa, de la oficina...

Manolo (*con malicia*) – ¿Quiere que le llame a un cerrajero? A lo mejor le hace precio por el servicio completo...

Jesús – A lo mejor las encontramos, ¿no...?

Manolo da la vuelta y coge las llaves.

Manolo (*enseñando las llaves*) – ¿No serán estas, por casualidad?

Jesús (*aliviado*) – ¡Sí!

Manolo finge dejar caer accidentalmente las llaves en el sótano lleno de agua.

Manolo – Madre mía... Pues todavía hay más de un metro de agua ahí abajo. Tendremos que esperar a que se evapore...

Jesús – A lo mejor puedo arreglar eso. Tengo una bomba en la furgoneta.

Manolo – ¡Pues ya está! ¿Ve cómo entre gente de buena voluntad se arreglan las cosas? Por lo menos ahora ya sabe dónde están sus llaves. *(El fontanero se dispone a salir.)* Y eso entra en el presupuesto, ¿no?

El otro asiente y sale. Manolo enseña las llaves, que en realidad había conservado en la mano.

Manolo – Está incluido en el precio, claro...

Blanca se acerca a curiosear por la cocina. Manolo se da cuenta.

Manolo *(desconfiado)* – ¿Busca algo?

Blanca – Déme una de esas de rasca y gana...

Manolo espera el dinero antes de darle la tarjeta.

Manolo – Un euro.

Blanca hace como si buscara el dinero en su bolsillo. Luego se dirige hacia Carlos. Él sigue impasible, pero ella se anima.

Blanca – ¡Será posible! ¿Te acuerdas?

Carlos *(inquieto)* – No...

Blanca *(traviesa)* – ¡Cómo que no!

Carlos – Bueno, quizás...

Blanca – ¿Qué haces aquí, hombre?

Carlos – Pues, nada...

Blanca – ¡Es increíble! No has cambiado nada...

Carlos – Gracias...

Blanca – ¿Hace mucho que volviste?

Carlos – ¿De dónde...?

Blanca – ¡Pues de allí!

Carlos – Ah... Sí. Bueno, no.

Manolo empieza a perder la paciencia, con la tarjeta en la mano.

Manolo – Bueno, ¿se lleva el rasca y gana o qué coño hacemos?

Blanca *(a Carlos)* – ¿Me podrías ayudar con un euro? No sé qué he hecho con mi monedero.

Carlos pone una moneda en la barra. Manolo la coge y da el rasca y gana a Blanca.

Blanca – Bueno, pues gracias, Pablito.

Carlos – De nada.

Blanca se aleja haciéndole señas a Carlos.

Carlos – ¿Pablito?

Conchi busca algo en la barra.

Manolo – ¿Tú también has perdido algo?

Conchi – Mi móvil... ¿No lo habrá visto por casualidad?

Manolo – ¡Estaba en la barra hace cinco minutos! ¿Dónde demonios se habrá metido ese cacharro...?

Manolo busca también. Blanca aprovecha la ocasión para dirigirse hacia la cocina.

Manolo (a Conchi) – A propósito, alguien ha llamado preguntando por ti hace un rato... En el móvil ése...

Conchi (preocupada) – ¿Y has contestado?

Manolo – Pues, sí...

Conchi – ¿Y qué...?

Manolo – Era un tal... Moisés, o José...

Conchi – ¿Jesús?

Manolo – ¡Eso!

Conchi – ¿Y qué ha dicho?

Manolo – Pues... Le ha sorprendido un poco que descolgase yo, claro, y... Pues dijo que al final no podría estar en la cita ésa...

Conchi, enfadada, vuelve a leer su novela sentimental.

Manolo – Lo que es hacer un favor a la gente...

Silvia y Leticia vuelven con su corona fúnebre, que lleva la inscripción «Muerto por la Patria». Carlos hace señas a Leticia, quien le ignora.

Silvia – Es increíble... Hasta los muertos tienen accidentes... Seguro que estaba hablando por teléfono...

Leticia – ¿Quién?

Silvia lanza a su hija una mirada exasperada.

Silvia – ¡El fontanero! ¡El que se empotró contra el coche fúnebre!

Van a sentarse. Leticia echa una mirada a la corona.

Leticia – “Muerto por la Patria”... Parece un poco exagerado, ¿no...?

Silvia – Sólo quedaba ésta... Mejor que nada... (*Suspirando*) Sea como sea, te lo aseguro, cuando me muera quiero que me entierren con el móvil...

Leticia – ¿Por qué?

Silvia – ¡Por si no he muerto de verdad! Es mi obsesión, que me entierren viva. ¿Tú no?

Leticia – No debe ocurrir muy a menudo...

Silvia – ¡Y a mí qué me importa! Si me toca a mí...

Silvia nota la presencia de Carlos, que sigue haciendo señas a Leticia para que le llame por teléfono.

Silvia – Dime, Carlos, tú que eres filósofo: ¿habrá una vida antes de la muerte?

Carlos – ¿Quieres decir después...? Bueno, no sé si realmente es algo deseable... Como dice un personaje de mi última novela: «Por muy sordo y mudo que esté uno en vida, después de muerto todavía puede ser peor».

Al oír esa última frase, Conchi se vuelve hacia Carlos con los ojos como platos.

Conchi – ¡Pero si eso sale tal cual en «Una mujer es una mujer»! ¡Es lo que dice Michael a Samantha cuando ella está a punto de tirarse por el acantilado! ¡Tú tienes que ser Barbara Shetland!

Estupefacción de Silvia y Leticia.

Carlos – Bueno, a veces, sí... Pero... preferiría que eso siga siendo confidencial...

Conchi – Me he tragado tu novela en una noche. Como todas las otras, la verdad... Precisamente, estaba releyéndola, por si me hubiera perdido algo... ¿Me la dedicas?

Carlos – ¡Cómo no...!

Conchi – ¡Gracias! Tus novelas tendrían que financiarlas por la Seguridad Social. ¡Así gastaríamos menos en antidepresivos!

Carlos – Sólo trato de aportar a las mujeres la parte de romance que les falta en su vida cotidiana...

Manolo echa un vistazo a la portada, más bien caliente, del libro.

Manolo – No me digas...

Carlos – Primero intenté escribir tragedias, pero... Por desgracia, el teatro no forma parte de la nueva economía. Y tampoco formaba parte de la vieja...

Conchi – ¿Llegaron a representar alguna de sus obras?

Carlos – Sí... En la casa de cultura de Villanueva del Pardillo... En la Comunidad de Madrid...

Conchi – Y su última novela transcurre en Miami. De Villanueva del Pardillo a Miami hay un buen trecho...

Carlos – Ninguna de mis lectoras ha estado jamás en Florida. Y yo tampoco. Podemos permitirnos soñar un poco. Pero Villanueva del Pardillo...

Manolo – Aparte de los pardillos...

Carlos (*a Manolo*) – A ti ni te ofrezco un ejemplar...

Manolo – Visto el efecto sobre tus lectoras, empieza a tentarme. En fin, como dices, “Una mujer es una mujer”...

Carlos intenta salir discretamente.

Carlos – Bueno... La compañía es muy grata, pero tengo que ir a clase...

Leticia lo llama cuando ya está cruzando la puerta.

Leticia – Hasta luego... Barbara...

Carlos sale. Manolo vuelve a su crucigrama. Blanca regresa discretamente de la cocina.

Manolo (*pensativo*) – Se necesitan obras para que funcione... Empieza por te... A ver...

Blanca – ¡Teatro!

Manolo (*enfadado*) – ¡No le he preguntado nada, a usted!

Blanca – Sin obras de teatro no hay función. Y empieza por te.

Manolo continúa en su periódico. Silvia y Leticia descubren a Blanca.

Manolo – ¡Y son seis letras!

Blanca – Como las seis caras de un dado...

Manolo – ¡Y como los seis números de la Primitiva!

Manolo continúa en su crucigrama.

Silvia (*aproximándose a Blanca*) – ¡Mamá! ¿Pero qué haces aquí?

Blanca – ¡Pues vengo al funeral! (*A Manolo*) ¿Quién es esta loca?

Manolo (*a Silvia*) – ¿Así que es su madre? Enhorabuena... Ya no sabíamos qué hacer con ella... (*En voz baja*) Está un poco ida, ¿verdad?

Silvia – Digamos que tiene memoria selectiva... Por ejemplo, sabe de memoria el número de afiliación a la Seguridad Social de su marido...

Blanca – 01 16 12 09 37 06.

Silvia – Aunque, habitualmente, no se acuerda de que tiene un marido... Bueno, ahora ya no importa tanto: está muerto...

Manolo consulta los resultados del sorteo de la Primitiva en el periódico.

Manolo (a Blanca) – ¿Cómo era el número de afiliación a la Seguridad Social de su marido?

Blanca – 01 16 12 09 37 06.

Manolo (asombrado) – ¡Son los seis números premiados! (Les enseña la combinación del sorteo.) Si también lleva el reintegro... ¡Puede haberle tocado el bote!

Silvia mira a Manolo con preocupación, empezando a preguntarse si la locura de Blanca será contagiosa. Manolo vuelve a contemplar los resultados de la Primitiva.

Manolo (incrédulo) – ¡Pepe...! ¡Ese cabrón...!

Los de la funeraria vuelven con la tapa nueva del ataúd.

Paco – Aquí estamos. Vamos a arreglar esto en seguida.

Manolo llama aparte a Paco y a Luis.

Manolo – ¿Podemos hablar un momento antes de cerrar la caja...?

Manolo toma a Paco y a Luis aparte y les habla en voz baja.

Paco – Pues... Es un poco delicado...

Luis – Es que no estamos autorizados a hurgar en los bolsillos de nuestros clientes...

Manolo – Por lo menos, tenéis que consultarlo con la familia. Estamos hablando del bote de la Primitiva...

Silvia se fija en la conversación que mantienen aparte.

Silvia (inquieta) – ¿Pero qué pasa ahora...?

Se produce un momento de vacilación.

Paco – Es un poco delicado...

Leticia – Creo que ahora, ya, lo que se dice delicadeza...

En voz baja, Paco expone la situación a Silvia.

Silvia – No, no hemos encontrado nada...

Paco prosigue sus explicaciones.

Leticia – ¡Dios mío!

Silvia (excitada) – ¿El gordo?

Paco – Si también tiene el reintegro, hablamos de unos setenta y cinco millones... No cuesta nada comprobarlo antes de cerrar el ataúd.

Luis – Después será más complicado...

Silvia y Leticia aceptan. Los empleados se dirigen hacia la cocina. Silvia y Leticia les esperan, muy ilusionadas...

Leticia – ¿Sabías que el abuelo jugaba a la Primitiva?

Silvia (*muy excitada*) – ¿Qué...?

Los empleados de funeraria regresan cargando con el ataúd.

Silvia (*muy excitada*) – ¿Y bien?

Leticia dirige a su madre una mirada de reproche y le señala el ataúd para que recobre la compostura.

Silvia (*intentando mostrar más compostura*) – Bueno... ¿Y bien?

Los empleados depositan el ataúd sobre la barra con solemnidad.

Silvia – ¿Habéis registrado bien? (*Paco saca un resguardo como un mago, y Silvia se lo arrebat.*) ¿Es el premiado? (*A Manolo.*) Nunca he jugado a la Primitiva. ¿Qué hay que hacer para cobrar?

Manolo – Para cobrar una cantidad así, tendrán que ir a un banco autorizado por Loterías y Apuestas del Estado. ¡No voy a tener setenta y cinco millones en la caja! ¿Puedo ver el resguardo? Se lo sellé yo mismo...

Silvia le muestra el boleto con mucha precaución, como si fuera una reliquia.

Silvia – ¡Querido papá! Y pensar que casi rehusamos la herencia...

Manolo examina el resguardo y se le borra la sonrisa.

Manolo – ¡Me cago en la hostia!

Silvia (*inquieta*) – ¿Qué?

Manolo – ¡Pero eso no es un boleto de la Primitiva!

Silvia – ¿Cómo?

Manolo – Es una tarjeta de rasca y gana...

Leticia – ¿Y qué...?

Manolo rasca la tarjeta. Todos esperan el resultado.

Manolo (*entusiasta*) – ¡Han ganado...!

Silvia – ¿Cuánto?

Manolo (*mirando de nuevo*) – Un euro. Al menos podéis comprar otro.

Silvia queda destrozada.

Silvia – Era demasiado... No podía ser...

Leticia – Ya sabía yo que él no era un ganador...

Manolo – Pero entonces ¿dónde está el boleto de la Primitiva? ¡Si yo mismo lo sellé!

Conchi – ¿Crees que alguien se lo habrá robado?

Manolo – Robar a un cadáver... ¿Quién podría hacer algo semejante?

Las miradas, sospechosas, se dirigen primero a los empleados de la funeraria, quienes niegan, y después hacia Blanca, quien no dice nada y pone cara de inocente. Manolo se aproxima a Blanca.

Manolo – ¿Qué tiene en la mano...? (*Manolo intenta hacerle abrir la mano*) Que no quiere soltarlo, la muy cabrona...

Manolo consigue arrancarle el resguardo.

Silvia – ¿Y qué?

Manolo examina el resguardo.

Manolo – ¡Ahora sí que es un resguardo de la Primitiva! (*Se le hiela la sonrisa.*) ¡Me cago en...!

Silvia – ¿Qué pasa ahora? ¡Al final me va a dar un infarto!

Manolo – ¡No son los números de su afiliación a la Seguridad Social!

Silvia – ¿Y qué?

Manolo – ¡El muy idiota, ese día no jugó los números de su afiliación!

Leticia – ¿Y?

Manolo – Pues, que su padre no es el ganador...

Silvia está a punto de desvanecerse...

Leticia – Creo que ya es hora de terminar...

Conchi – ¿Y qué números jugó entonces?

Manolo (*mirando el resguardo*) – Parece un número de móvil... Los números están agrupados así: 6, 8, 4, 13, 21 y 35...

Conchi coge el boleto y lo mira.

Conchi – ¡Pero si es el mío! ¡El 684 132 135! Habrá visto mi número en el anuncio de la revista de caza... (*A Manolo.*) Por cierto, ¿ha aparecido ya mi móvil?

Manolo – Es que no he tenido tiempo de buscarlo. Con todo esto... (*Señalando el teléfono fijo en la barra*). Llama a tu número, a ver dónde está...

Conchi, sin apartar la vista del resguardo, marca su propio número en el teléfono fijo. Suena un móvil dentro del ataúd. Todos se vuelven hacia él.

Manolo – ¿Quién habrá puesto el móvil ahí dentro...?

Conchi cuelga el teléfono y el timbre se detiene.

Conchi – ¿Y ahora, cómo voy a recuperar mi móvil? Es que estoy esperando unas llamadas muy importantes...

El teléfono vuelve a sonar dentro del ataúd. Todos miran a Conchi.

Conchi – ¡Ah, no, esta vez no soy yo!

Manolo – El número está en el anuncio... ¡No va a parar de sonar ahí dentro!

Paco – De haber sabido que iba a haber tanto vaivén, le hubiera puesto puerta a este ataúd. ¿Estáis seguros de que no os habéis olvidado nada más ahí dentro?

El teléfono para de sonar... y luego vuelve a sonar.

Silvia – Bueno, hay que hacer algo, ¿no?

Luis – La incineración... es más limpio. Y nunca hay reclamaciones...

Paco, de mala gana, quita de nuevo la tapa del ataúd. Un brazo asoma de éste y le tiende el teléfono. Paco lo coge como si nada.

Paco – Gracias.

Paco le da el teléfono a Conchi.

Conchi (con amabilidad) – ¿Dígame...?

Conchi se da cuenta de que todo el mundo le está escuchando, y se aparta para continuar su conversación. Luis vuelve a colocar en su sitio la tapa del ataúd.

Manolo – Pero si Pepe no es el ganador, ¿quién será?

De repente, el fontanero vuelve a entrar en el bar, agitando un resguardo de la Primitiva.

Jesús (histérico) – ¡Soy yo! ¡Acaban de repetir los números ganadores por la radio! ¡Y el reintegro también! ¡Mi resguardo lo tiene todo! ¡He ganado el bote!

Manolo – ¡Siempre les toca a los cornudos!

Conchi, interesada, termina su conversación telefónica y se aproxima al fontanero.

Conchi (encantadora) – Afortunado en el juego, desgraciado en amores... ¿Cómo te llamas?

Jesús – Jesús.

Conchi – ¿Jesús? ¡Pero si es usted el que estaba esperando!

Jesús – ¿Ah, usted también...?

El móvil de Conchi vuelve a sonar. Ella descuelga.

Conchi – ¡Ya está bien! ¡Se acabó la temporada de caza!

Jesús – ¡Anda, Manolo! ¡Vamos a celebrarlo! ¡Invito! ¡Champán para todos!

Manolo sirve el champán encima del ataúd, que está en la barra. El teléfono del bar suena. Manolo contesta.

Manolo – Bar Manolo, dígame...

Todos empiezan a brindar. Manolo intenta hacerse oír por teléfono, alzando la voz para imponerse al alboroto.

Manolo – ¡Del cementerio...! El sepulturero... *(Señala el ataúd con un gesto.)* Pues... quiere saber si el entierro es para hoy o para mañana...

Paco – Bueno... dile que se venga a tomar una copa con nosotros...

El fontanero nota por fin el ataúd sobre la barra.

Jesús – ¿Y esto qué es...?

Manolo – Esto... Es Pepe... *(De pronto, se palpa los bolsillos y mira al fontanero.)* A propósito... ¿Qué he hecho yo con tus llaves...?

Manolo mira hacia el ataúd. Paco le mira, inquieto...

Paco – ¡No me digas...!

Manolo – Bueno... ¿Otra copita?

Paco – Una cerveza... ¡Con la espuma abajo del todo!

Manolo le sirve.

Luis – Pepe... Pobrecito... Nunca tuvo suerte.

Luis golpea tres veces la tapa del ataúd, como para puntuar sus palabras.

Luis – ¡Y ni siquiera podrá brindar con nosotros!

La tapa del ataúd se levanta. Asoma el busto de Pepe, interpretado por el actor que hacía de Carlos, caracterizado para que no se le reconozca.

Pepe – «Descanse en paz», decían... ¡Y una mierda!

Todos se quedan petrificados mirando a Pepe, que tiende un vaso.

Pepe – Venga, ¡una última copita! ¡Para el viaje!

Oscuro.

Fin.

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

<https://jeanpierremartinez.net/>

<https://comediatheque.net/>

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el [formulario de contacto disponible en sus sitios web](#).

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

<https://jeanpierremartinezmusic.com/>

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer...

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad...
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El pueblo más cutre de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente desde sus sitios web:

<https://jeanpierremartinez.net/>

<https://comediatheque.net/>

*Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.*

París - Noviembre de 2011
© La Comédiathèque - ISBN 978-2-37705-062-8
Obra descargable gratuitamente.